

Pedro Calderón de la Barca. Ed. Miguel Zugasti. *Los alimentos del hombre*. Kassel – Pamplona: Edition Reichenberger – Universidad de Navarra, 2009. 335 págs. ISBN: 978-3-937734-75-0.

Reviewed by Ana Zúñiga Lacruz
Universidad de Navarra



Los alimentos del hombre, uno de los mejores autos de Calderón de la Barca, dramatiza la expulsión del hombre del Paraíso y su posterior redención a través de la muerte en la cruz de Jesucristo, presente en la Eucaristía mediante la transubstanciación de su carne y sangre en los alimentos del pan y el vino. En esta obra editada en 2009 por Miguel Zugasti, profesor del Departamento de Filología de la Universidad de Navarra, que hace el número 67 de la colección de *Autos sacramentales completos de Calderón*, se plantea una demanda por alimentos en la que se combinan de manera brillante el plano literal del juicio y el alegórico de la Eucaristía. Zugasti nos recuerda asimismo que no es la primera vez que las letras áureas trasladaban la exposición de un pleito civil por alimentos al plano literario.

En esta reciente edición, el investigador del GRISO brinda al lector tanto el auto (2259 versos) como la loa sacramental que lo precede (332 versos), fijados ambos textos críticos a partir de una opción ecléctica. Según explica Zugasti, tras el minucioso cotejo de un importante número de testimonios textuales (en concreto, once para la loa y diecisiete para el auto), deduce que hay tres manuscritos principales que destacan por su antigüedad, cercanía y fidelidad al arquetipo perdido de Calderón: son manuscritos custodiados en la Biblioteca del Arsenal de París, la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid y la Biblioteca Nacional de París. Sobre ellos se asienta la base del texto crítico que con tanto detalle y escrupulosidad edita Miguel Zugasti.

El cotejo y comparación de estos testimonios le permiten aproximarse al texto original y situar el estreno de este espectáculo teatral de *Los alimentos del hombre* el día del Corpus Christi del año 1676. Un espectáculo que se completaba, como desgrana y comenta el citado crítico, con piezas cómicas cortas, danzas y otros elementos musicales, y que llegó a ser repuesto en varias ocasiones a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

El auto calderoniano de *Los alimentos del hombre* se estructura a partir de la concatenación de varios bloques de acción o escenas, que se inician con la expulsión de Adamo (Adán) del Paraíso (vv. 1-326) y finalizan con una demanda por alimentos (vv. 1432-2259). Según analiza Zugasti, Calderón de la Barca desarrolla en este auto sacramental la caída del hombre y su redención gracias a la venida al mundo del Cordero Pascual (Enmanuel), haciendo desfilar sobre el tablado a un buen número de

antagonistas: el Apetito, que esclaviza a Adamo; la Razón, rechazada por éste; el Ángel Custodio, que intenta salvarlo; el Demonio, que anhela su caída; las Estaciones del año, que facilitan lo esencial para que el hombre se procure su propia comida y para el fermento del vino y el pan, precisamente los alimentos espirituales que redimirán al pecador.

El compungido y contrito Adamo se plantea su condición humana y opone su realidad y vivencia con las de otros seres vivos en un soliloquio que conecta, entre otros, con el famoso monólogo de Segismundo de la comedia calderoniana *La vida es sueño*, “donde el hombre compara su libertad y dones con la de animales y vegetales” (36). Zugasti facilita también amplia bibliografía sobre el desarrollo de este *topos*, muy del gusto calderoniano, pues reaparece en otras comedias como *Apolo y Climene*, *El monstruo de la Fortuna* y en el auto sacramental de *La vida es sueño* (167).

Como reflejo de un pleito, el auto calderoniano presenta un considerable número de voces y términos jurídicos mediante los cuales se juega con la idea del juicio civil y terrenal y el juicio final y celestial, según precisa el editor, quien incide en la importancia de las numerosas imágenes e iconos alusivos, esencialmente y entre otros, al pecado y la culpa, en los constantes juegos disémicos que se aprecian a lo largo de todo el texto entre el apetito como ‘ganas de comer’ y su sentido trascendental, esto es, el ‘apetito natural, concupiscible’, que es una pasión adherida a Adamo tras su caída y de la que le es difícil separarse (143). Toda esta carga retórica se plasma en el texto en una rica variedad métrica, que se modula y varía según haya o no acompañamiento musical, o según se presenten ciertos episodios con unas partes recitadas y otras cantadas.

A destacar el denso aparato de notas textuales o explicativas al pie de página que acompaña a los versos calderonianos, herramienta imprescindible para que hoy podamos hacer una lectura lo más competente posible. Desde el punto de vista lingüístico, el lector dispone asimismo de explicación de palabras que presentan variantes plenamente etimológicas, vacilaciones, y en las que se produce algún fenómeno destacado, como el de la sinéresis, entre otros, para respetar la composición métrica, muy variada y de la que se ofrece una detallada sinopsis. Por último, esta edición se cierra con la lista de las variantes textuales del auto y la loa, y con un índice alfabético de las voces anotadas. Todo ello contribuye a favorecer una cabal lectura y entendimiento de *Los alimentos del hombre*, auto tardío de Calderón de la Barca (escrito en 1676, cuando apenas le quedaban cinco años de vida) y uno de los más perfectos, según opina Zugasti:

En este caso estamos ante un pleito civil por alimentos que nuestro dramaturgo conduce magistralmente, guardando un total equilibrio entre el plano literal del juicio y el alegórico: al final el alimento eucarístico será el único capaz de salvar al linaje humano. En este sentido *Los alimentos del hombre* es uno de los autos cimeros de Calderón de la Barca. (26-27)